



Ante Miguel Galanes estamos ante un intento consciente y serio, de darle una vuelta cualitativa a la poesía que se ha escrito entre nosotros, desde el veintisiete a esta parte, pasando por Pere Gimferrer, Guillermo Carnero y Jaime Siles. Miguel Galanes opta por una escritura que sea fruto del yo poético, por una poesía de la poesía misma, a base de un esfuerzo inteligente y mágico, con la palabra. La palabra no tiene por qué acotar la realidad y, menos aún, difuminarla. La realidad es ésta de cada día, viva "como una cuerda de arco", "un sueño de taxi", o "fotos y mechones de pelo con edad juvenil". La realidad que canta Miguel Galanes no es una realidad alienada ni "un arma cargada de futuro"; no es un texto, un discurso, una contestación, sino algo morosamente diferente. Su actitud es una actitud postúltima; lo cual equivale a decir que este poeta desea roturar campos inéditos dando un salto en el vacío, tirar del lenguaje hacia adelante, adelgazarlo hasta el límite, belleza que huye, surrealismo consciente, prieta demencia en la que habita la cordura mejor, perderse a sabiendas en el pensamiento para, luego, gozar con fruición inigualable de cuanto, purificado, queda en los pliegues del alma de recuerdo besable, tocable, aspirable.

La poesía y la poética que nos entrega este estremecido autor constituyen el nacimiento de un nuevo modo poético que va conduciendo, barquero de palabras, desde "Urgencias sin nombre" (1981). "Opera ingénua para Isabel María" (1983) hasta concluir en "Condición de una música inestable" (1984), que nos remite hasta el silencio más íntimo.

Nada está quieto, todo fluye, todo se torna vida que se vive, que transcurre viviéndose, ola a la deriva, palabra que se ilumina y que arde en palabra cuando la experiencia concreta no existe ya, y queda, únicamente, la palabra que no pretende en modo alguno detener ideas, definir conceptos, sino premeditadamente escandalizar, sucumbir provocando.

CAYETANO IRANZU

